

M 545

JUAN IGNACIO GALVEZ.

LA PAZ

Ante el buen sentido

Ensayo sociológico en forma
de Epístola al General

RAFAEL URIBE URIBE.



Guayaquil.—(Ecuador)

IMPRENTA LATINA

1907.

Juan Ignacio Gálvez.

LA PAZ ANTE EL BUEN SENTIDO

**Ensayo sociológico en forma
de Epístola al General**

RAFAEL URIBE URIBE



Imprenta Latina

—
GUAYAQUIL

—
MCMVII



Guayaquil, Abril de 1907

Señor General

Rafael Uribe Uribe

Rio de Janeiro.

Estimado General y amigo:

Con atención y cuidado he leído su carta al Dr. Leovigildo Hernández, que forma, con la que dirigió al General Genaro Mz. Guerra una exposición franca, minuciosa, larga y categórica de sus ideas políticas y de su manera de apreciar la situación de los partidos en Colombia, y una carga de triunfador sobre el partido liberal, á quien juzga usted con severidad de adversario y hace aparecer con el sambenito de

todas las infelicidades y desgracias que á la patria han acaecido, y como colectividad sin ideales elevados, ni criterio para razonar, ni habilidad para orientarse.

Me permito, General, analizar y refutar los tópicos salientes de su carta por cuanto son sofismas hábilmente entrelazados para producir en la juventud liberal que á usted escucha y quiere el mas tremendo desconcierto, la vacilación y la duda. No por que á esa juventud falte discernimiento ni capacidades para distinguir lo bueno de lo malo, sino por que, como dijo Moliere: "uno está siempre dispuesto á dejarse convencer fácilmente por aquellos á quienes estima."

Cierto es que todo organismo tiende por naturaleza á rechazar cuanto intente debilitarlo ó aniquilarlo, y que en este concepto el partido liberal de Colombia, por propio y espontáneo impulso, rehusará asimilarse las nuevas y enervantes teorías por usted sostenidas; pero también es verdad que hay que ayudar á la naturaleza, poner un vendaje para que la sangre no corra y hacer de cuando en cuando un lavado para que los gérmenes corruptores no prosperen. Esa maravillosa receta que usted da para combatir ideas y aberraciones: "*alzarse de hombros, sonreír y desdeñarlas*", buena es para que se la dé á Pio X., hoy que pierde su santa paciencia ante las ideas de Briand y Clemenceu, pero no á pecadores que hemos perdido con la bautismal todas las demás gracias.

No pudiendo *alzarme de hombros, sonreír y desdeñar* las ideas y opiniones por usted predicadas con reciente y firme fe de converso, resuelvo salir á su en-

cuentro, no por vez primera, para refutarlo, con razones únicamente, y atemperando la amargura de las frases, con la alta estimación y aprecio que por usted he conservado.

Usted y todos los jefes liberales, y aun los meros oficiales como yo, tenemos una deuda sagrada de responsabilidad ante la generación que pronto tomará la toga viril, como la contrajeron con nosotros los conductores del partido, que dirigieron su marcha desde 1863 hasta 1885; y debemos explicarles qué altos ideales, qué nobles esperanzas de rehabilitación, qué inteligente observación nos indujo á enrollar el programa con riesgo de que se apolille y á echarnos el cerrado saco de semilla á la espalda, mientras abrimos pacientemente y bajo las inclemencias del cielo, el largo surco con el pacífico arado. Y ay! de nosotros y de nuestros hijos si cuando queramos sacar del desván el sagrado legajo lo encontramos agujereado por las ratas que no estirpamos por incuria! Ay! de nosotros y de nuestros hijos, si la buena semilla se pudre en el saco, y si abierto el ávido surco no tenemos qué echar en él!

Y no es, General, usted lo sabe, pues militar ha sido, abandonando las filas como se salva un Jefe ó un soldado de la responsabilidad que tenga. No es ocultando la cabeza bajo el ala como se guarda el avestruz del cazador. El campesino bretón, que se cree bien escondido aunque deje ver medio cuerpo, si cierra los ojos, es un tipo cándido y superficial que tiene pocos imitadores.

Por eso, General, ni usted que abandona el partido por que este es ingrato y olvidadizo, ni los anagonistas que se mantienen en reserva, ni los que

acompañamos al partido en toda emergencia, por más vaquetazos que nos dé y compartimos todas las responsabilidades, —las de la guerra y las de la paz— nos libraremos de tener que dar cuenta y de recibir un aplauso ó un gesto de despreciativo desdén.

* *
*

Su decidora carta, que da motivo á estas líneas, ha venido á corroborar aquel concepto que hemos emitido recientemente sus amigos cuando alguien, abroquelado en pasados defectillos, discute sus cualidades de político y guerrero: “Uribe, decimos, no es el mismo, ha estudiado mucho y ha aprendido mucho”. Tal vez demasiado.....

Realmente, General, los que con cariño y entusiasmo hemos seguido su laboriosa carrera, por mucho que esperaríamos de sus relevantes facultades, no hemos dejado de sorprendernos del caudal de conocimientos prácticos y de las admirables teorías que ha asimilado en su viaje por Suramérica, misión en a cual ha dado usted honra y prestigio á la Patria, como lo confiesan sus mismos adversarios.

Fruto sasonado de esos estudios será, según nos amenaza usted, un libro, un grande libro que se publicará próximamente y que, me imagino, será como aquel curioso infolio de Bilz *L'Etat social de l'avenir*, en el cual se habla de todo lo posible y humano: desde que “la ley natural exige que el hombre tome todos los días un baño de agua, otro de sol, otro de aire, sin contar los que debe darse cuando llueva”; que “los hombres vivan juntos, en buena inteligencia, como hermanos y hermanas”, y prohíbe el uso

del the, del café y del tabaco, del calzado y del corsè", hasta de la esperanza de que "la humanidad se volverá *bien pronto* suficientemente razonable y suprimirá la guerra."

La vida moderna que tan de prisa va, es seguro que hará un alto, siquiera para hojear los capítulos de la obra y formar juicio sobre el cambio efectuado en usted y las diferencias sustanciales y de doctrina que haya entre el antiguo Director de *El Autonomista* y el Ministro de Colombia en Rio de Janeiro.

No soy de los que creen que solamente los viajes y el estudio son capaces de efectuar transformaciones radicales en ideas y procedimientos; el tiempo, supremo y silencioso educador, la experiencia dolorosa bien apreciada y la situación personal comparada, son también maestros que han realizado conversiones más decisivas que los misioneros de todas las épocas. Digno de aplauso sería el estudio que hiciera el historiador filósofo contemporáneo para poner en relieve la evolución que han efectuado las ideas políticas y sociológicas, religiosas y económicas de las tres más culminantes figuras políticas de Colombia y que más efectivamente han influido é influirán en sus destinos: el General Reyes, Don Miguel Antonio Caro y usted, General. Interesantes enseñanzas dejaría ese trabajo, como lo deja el libro de Gustave Le Bon en donde explica cómo y por qué furibundos realistas fueron luego sinceros republicos, y cómo y por qué "aquellos grandes convencionales enemigos jurados de los reyes y que no querían ni Dioses ni amos, se volvieron los humildes servidores de Napoleón y luego llevaron piadosamente cirios en las procesiones de Luis XVIII."

He hablado de transmutaciones radicales, ó mejor cardinales, por no referirme á las superficiales, ocasionales ó veniales, producidas en todas las agrupaciones por el progreso ó la oscuridad, por el medio y por el ambiente; ni me refiero á esos cambios formados por sugestión y contagio, que son siempre momentáneos; "nacen y desaparecen como las dunas que el soplo del viento forma y deshace á la orilla del mar." Antes para ser liberal, como decía alguien, era necesario comerse un cura, por lo menos, creer en Bentham y Tracy y pertenecer á la Salud Pública ó las Democráticas; y para ser conservador confesarse y comulgar por pascua florida, estar suscrito à *La Caridad* y pertenecer á la Escuela de Cristo. Para los liberales no eran poetas Don José Joaquín Ortíz ni Julio Arboleda y los conservadores no creían ni en la elocuencia de Rojas Garrido ni en los talentos de Murillo.

Hoy sonreímos benévolutamente cuando nos cuentan esas exageraciones superficiales y ridículas; por que las agrupaciones políticas, mejor educadas, han sufrido la ley universal del progreso y se adaptan á las nuevas vías abiertas por la ciencia y el estudio; ya pasaron en Colombia los tiempos de supersticioso terror por los poderes tenebrosos é inconmensurables de la Compañía de Jesús ó de la Masonería. Y esas mismas dos ó tres personalidades sombrías, encarnación del terror brutal y ciego, que campean aún en la política colombiana, y quienes, al igual de Pobiedonostseff, el procurador del Santo Sínodo de de Rusia, que ha poco murió, son la personificación de un régimen despótico; esos mismos, como los instrumentos de tortura que se miran con horror

en los museos, sirven para dar testimonio de las conquistas obtenidas por la civilización y la libertad sobre la barbarie y el fanatismo.

*
* *

La rápida lectura de su larga misiva nos lleva al convencimiento, por sobre todas las contradicciones que allí campean, de que en usted hay algo inalterable, perenne, centro y eje de todas sus elucubraciones; algo que no cambia: su egotismo. Ese YO gigantesco suyo que ha pretendido usted hacerlo principio y fin del liberalismo colombiano, y en el cual quiere hoy embotellar nada menos que la idea que todos tenemos de Patria: antes de usted nadie, después de usted, el diluvio! Si escribe la carta es porque un liberal y un conservador han hecho *amables referencias á su nombre y á sus ideas de paz y concordia*, y si la continúa es para decirnos á todos que *á su regreso al país expondrá sin reservas cómo ha hecho la revaluación de sus ideas*; que en SU DESPEDIDA habló de *la mala índole de nuestros partidos* ⁽¹⁾ políticos y que, como no son *vehículo* (sic) *para servirle á la patria, los hombres de pro*, como usted, que deseen ser patriotas *deben colocarse no fuera pero sí SOBRE dichos partidos*; ⁽²⁾ *que como*

(1) Ya había dicho el Sr. General en plena campaña algo más hiriente contra el partido liberal únicamente.

(2) Si esto lo dijera un Gobernante como el General Reyes, que ya está en el Poder y por consiguiente *sobre* los partidos, sería acertado; dicho por quien no tiene ese poder, ni siquiera la jefatura de un partido, es la generalización de un caso particular. Si en vez de los *hombres de pro*, dijera *los gobernantes*, santo y bueno. A no ser que crea el General Uribe que los partidos son un clavileño tan fácil de montar como el de marras.

el que muda de genio está obligado á cambiar de nombre, en donde quiera que usted en lo pasado haya dicho ó escrito "partido" QUIERE que en adelante se lea "Patria"; ⁽¹⁾ *que duda de que triunfante el partido liberal en la última guerra le hubiera tocado á usted un buen puesto para poder ayudar á las aspiraciones de sus compañeros de armas; que escribe la carta el día siguiente al aniversario de Peralonso, combate en el que le apuntaron á usted á boca de jarro al corazón, hiriéndolo en las costillas; que si lo hubieran muerto no estuviera contando el cuento, ni Peralonso habría sido &.* Ni deja de mano esta ocasión que ha traído de los cabellos, para revivir la tan trajinada disputa de si el paso del puente decidió de la batalla ó fue un mero incidente, y reivindicar para usted, para usted sólo, las glorias de esa jornada, é increpar acerbamente, (en un escrito sobre paz y concordia!) al General Herrera y á cuantos no confiesan que la victoria fue de usted, solo de usted; y si nombra hechos notables de armas son los reclamados por usted como suyos exclusivamente: Peralonso, Terán, Palonegro, (el 13 que se triunfó) Juan Gordo, Mangangué, Corozal, San Cristóbal, La Florida, Tenerife y la Ciénega. Y por que ni el General Herrera ni muchos más, no le reconocen esos triunfos exclama en un bajonazo de su yo: *Despues de esto (no proclamar sus glorias) ¿quién tiene motivo par sorprenderse de mi frialdad como partidario, quién se atreverá á reprenderme si proclamo que antes pertencí al partido liberal, pero que ahora pertenezco á Colombia y sólo á ella reconozco el*

(1) No dejarían de ser curiosos los logogrfos y disparates que resultarían si algún curioso hiciera la trasposición.

derecho de disponer de mí? ⁽¹⁾ y á renglón seguido prorrumpe: “*se equivoca lamentablemente, sin embargo (este sin embargo vale un Chocó) el que atribuya mi proceder á resentimiento con el liberalismo.*”⁽²⁾

En toda su carta ese yo suyo y sus resentimientos personalísimos, se ven salir como la soberbia por los agujeros de la capa del filósofo. Escribe para encomendar la paz, y hace recuerdo de batallas desde los Chancos que trae á cuento para recordarnos que allí recibió “su primer balazo” hasta la Ciénega; predica la concordia y remueve con mano profana las cenizas de Conto; critica embozadamente el pacismo del doctor Iriarte y que el doctor Parra, Mendoza, Caballero y Rodríguez se hubieran vuelto ardientes revolucionarios, y llega en su rencor hasta echar sobre los hombros del General Benjamín Herrera la tremenda responsabilidad de la pérdida de Panamá!!! Quiere ensalzar la Patria y dice que los partidos políticos que la constituyen van por *las tortuosas veredas del pandillaje, que usted ha abandonado.*

En fin, habla usted “como si tuviera detrás la totalidad del tiempo y fuese la cabeza de un cuerpo enorme”.

Y ya que á la punta de la pluma ha salido esta frase de Nietzsche, recuerdo un concepto del mismo filósofo que viene como mandado hacer: “En casi todos los partidos hay un pesimismo ridículo, pero no carece de peligro. Lo padecen aquellos que fueron

(1) Quién representa á Colombia?—El Gobierno—¿Y quién forma el Gobierno?—El Presidente y el Ministro del ramo respectivo.

(2) Entonces á qué tanto peralarse en toda la carta?

durante muchos años los defensores fieles y venerables de la opinión de su partido y advierten un día de repente que otro más poderoso que ellos se ha apoderado de la trompeta. ¿Cómo sufrir el quedar reducidos al silencio? Por eso se ponen á hablar alto y á veces dan notas nuevas”.

Sabido es, que en Bogotá hay ingenios sutiles para caracterizar una situación ó una persona con un brochazo á lo Goya, y que las anécdotas pintan mejor que las biografías el carácter de los hombres; prueba de ello es un conocido cuento, cuyo autor es anónimo:

Refería una dama bogotana que un domingo habían golpeado á la puerta de su casa.

—¿Quién es? preguntó la criada desde adentro.

—Yo!

—¿Y quién es yo?

—Yo!

Abre, dijo la señora á la criada, que es Miguel Antonio.

Abrió la sirvienta y no era el Sr. Caro quién así se anunciaba, era el señor General Uribe Uribe!

*
* *

Para no perderme en el dédalo intrincado y contradictorio de su mencionada carta, analizaré los párrafos salientes que forman el meollo y dejaré á un lado la profusa hojarasca que los envuelve.



“El día en que los colombianos, ó siquiera
 ra las clases dirigentes estén conformes en que,
 por inconciliables que á primera vista les parezcan
 sus creencias, ideas, intereses ó pretensiones,
 diferirán la querrela á los Jueces, á la Autoridad,
 á la Ley y en último caso al Tiempo, en lugar de
 arremeterse á mano armada; habrán dado un
 paso importante hacia la civilización” dice Ud.

Cuatro trámites dispone usted para la reivindicación de las ideas, reclamos de la opinión, y discernimiento de justicia á la oposición: *Los jueces*. Pero si los jueces son nombrados por el Ejecutivo, y no hacen justicia al adversario? *La autoridad*. ¿Pero si la autoridad está formada por varios hombres con pasiones, intereses é ideas y bajo el dominio de *uno solo* á quien están dispuestos á complacer y ese *uno solo* es á quien el ciudadano acusa ó combate pacíficamente? *La ley*. Pero si la ley entraba toda clase de libertades y es hecha por el Gobierno contra el individuo? *El Tiempo*. Si para allá me la guardas perdonármela quieres, dice el refrán.

Que no hubiera usted vivido en los tiempos finales del dominio colonial, cuando no había para las ideas republicanas sino jueces que las condenaran, autoridad que las combatiera y ley que las proscribiera como al mayor de los delitos, para que les hubiera dicho á los Comuneros, á Miranda, á Salinas, á Bolívar y á Sucre: *Remitid vuestros reclamos al tiempo, no seais salvajes, si os lanzais á la guerra no debeis contar con redimiros de la barbarie, si os lanzais á lucha es*

por que no teneis razón, ó por que sois unos ignorantes y estúpidos que no podeis presentar mejores argumentos al rey!

Que no hubiera usted vivido en esos para nosotros heroicos y nobles tiempos, y su palabra hubiera sido oída, para que ó estuviéramos hoy bajo el amable reinado del joven Alfonso, ó hubiéramos corrido la ofortunada suerte de Cuba y Puerto Rico!

Que cuando no haya jueces que nos escuchen, ni autoridad que nos dé honor, ni Ley que nos proteja, demandemos al tiempo la libertad! Eso es lo que usted dice General.

Más si desgraciadamente para las ideas monárquicas nuestros próceres no quisieron dejar al tiempo la realización de sus ideales, ó no hubo una voz elocuente como la suya que se lo advirtiera, sí vinieron después ocasiones en que usted pudo evitar que la sangre corriera á ríos, y lo que hizo fue, en vez de poner diques salvador á los proyectos revolucionarios, coadyuvar á ellos y precipitarlos.

Por salvarse de la acusación que pudiera hacersele como fautor, cómplice, auxiliador y ejecutor de la última guerra civil, se hecha usted encima la ponderosa responsabilidad del que á sabiendas que una acción es criminosa, predica su rápida ejecución, la ejecuta é instiga á otros á ejecutarla. Y usted mismo, cuando afirma que las ideas que hoy tiene sobre la paz y la guerra son *las mismas que ha tenido siempre y que ha expresado cuando ha sido libre de hacerlo*, se cierra toda puerta de escape, hasta el portal de la inexperiencia y la poca edad por donde se salió Carlos Arturo Torres, cuando usted ó Dn. Marco Fidel Suárez le increpaban sus contradicciones. Por que no veo, por más que recuerdo, qué poderosas

circunstancias, qué ocultas fuerzas, qué individuos, qué respetos humanos pudieron coartar su libertad hasta impedirle defender y hacer la propaganda de la paz en *El Autonomista*, y obligarlo á predicar la guerra, contra la opinión respetable del Directorio Liberal y de la mitad del partido que acataba humildemente las disposiciones del Dr. Parra y de otros hombres prominentes, que fueron al fin vencidos por la propaganda de usted.

¿Fue usted entonces, hombre valeroso y fuerte, obligado á proceder en contra de su criterio y á predicar la guerra? ¿Es usted hoy suficientemente libre para hablarnos con verdad en la condenación de toda rebelión?

*
* *

“Quién apela á la fuerza, es ó porque no tiene razón, pues prescinde de referirse á la razón, ó por ignorancia y negadez que le impiden presentar mejores argumentos que su contricante, siempre que no hemos podido persuadirnos por las buenas los unos á los otros, hemos empuñado los fusiles.”

Sorprendente es, General, que quién no ha usado báculo ni breviario, sino calzado espuelas y empuñado pluma y espada, haga una condenación falsa tan absoluta de todo levantamiento armado, vituperable cuando más en particulares circunstancias, pero digno del aplauso de la historia en otras.

El que una agrupación, ó un individuo, prescinda de referirse á la razón, no implica necesariamente que carezca de ella; no es siempre ignorante y estúpido quien no presenta mejores argumentos que su

de la Paz, que frunce el ceño y apareja acorazados apenas suena un tiro en una débil república, se hace el sordo cuando se oyen descargas en el Brasil ó la Argentina, y contempla horrorizado, pero impotente, las matanzas por mayor en Rusia, Polonia y Rumania. El grito conmovedor de Gorki que pedía un auxilio para sus hermanos de la estepa se oyó con curiosidad en Nueva York, pero luego le volvieron las espaldas esos libertadores de Cuba y Panamá, porque notaron con extrañeza que el revolucionario ruso iba acompañado de una muchacha que no era su mujer.

Esa es la justicia en la tierra, General, por más que usted y un millón más deseáramos que fuera de otra manera.

Sed fuertes, que todo lo demás se os dará por añadidura, es la voz evangélica para las naciones y los partidos.

*
* *

No es evidente, como usted dice, que "siempre que no hemos podido persuadirnos por las buenas los unos á los otros, hemos empuñado los fusiles".

Si esto lo dijera usted refiriéndose únicamente á la revolución de 1885, hablaría con acierto, pues á pesar de que el mismo Gobernante á quien se combatió había dicho que las revoluciones las hacían los malos gobiernos, esa guerra fué tan injustificada á la luz de la razón, como lo sería la que le hicieran hoy los conservadores al Gobierno del General Reyes. El partido liberal, entonces, al decir de Ignacio Espinosa, le tuvo miedo á la libertad y por eso se cayó.

Todas nuestras desgracias, desde el papel moneda hasta el fanatismo; las arbitrariedades, despotismos, revueltas, depresión de los caracteres, bancarrota administrativa, todo ese farrago de calamidades que nos condujeron al abismo de donde estamos trepando hace dos años, todo eso tuvo su principio en un momento de intransigencia radical.

Peró ese "siempre" que pone usted en toda su carta, esa subjetividad suya para sacar de un caso particular una ley universal; medir todas las manifestaciones violentas de nuestra agitada política con la misma regla, y juzgar que los hombres, las pasiones, los motivos de hoy, son idénticos á los de ayer, y á los de mañana; es lo mismo que creer que las revoluciones se hacen por libro ó que todas las partidas de ajedrez son absolutamente iguales, porque el intento es dar jaque al rey.

El Dr. Rafael Rocha Gutiérrez, en su obra *La verdadera y la falsa Democracia* dice:

"Ni la raza, ni el clima físico, ni la exigüidad de la población, ni la carencia de industrias, ni la escasa cultura intelectual ó moral de las masas populares, pueden considerarse como la causa primera y principal de las Revoluciones intestinas de Hispano-América, aunque indirectamente tengan influencia en la inestabilidad del orden público. Las causas eficientes de ese fenómeno son, en nuestro concepto, de naturaleza política: se resumen en una grande injusticia social y se manifiestan en los siguientes hechos:

El ejercicio del Gobierno por un partido político con exclusión de los demás; y

El ejercicio del Poder Ejecutivo por un solo individuo."

Y agrega el Dr. Nicolás Esguerra al comentar lo anterior: "Persuadidos están—los dos bandos políticos—y será preciso ser ciegos para no verlo, de que ningún partido se resigna á la exclusiva dominación del contrario y á la absoluta anulación de sus derechos."

Por eso el hábil Gobernante de Colombia cortó la vieja tradición exclusivista, puso en acción la frase que otro tiempo fue simple teoría: "atraer no repeler" y llamó á los más caracterizados representantes de los partidos á colaborar en su gobierno, verdaderamente amplio; como medio salvador de implantar una paz firme y durable, y hacer que la Guerra, cual se ve en el magnífico cuadro de Rubens, huya avergonzada ante el espectáculo tranquilo y delicioso del albergue de la Paz, que le muestra la Sabiduría.

El General Reyes no ha pretendido la inútil labor de disolver los partidos, ni siquiera ha intentado, como pudiera hacerlo, formar otro nuevo; ahí están conservadores, liberales y nacionalistas, perfectamente definidos y aun instintivamente organizados los dos últimos. Infelices de nosotros el día que nuestra vida pública fuera "inmenso arenal de individualidades ó páramo enorme de cantos rodados;" que no hubiera colectividades distintas con ideales diversos. La acertada labor del Presidente ha sido hacer converger esas tres poderosas fuerzas, unidas por las misteriosas corrientes de la concordia, hacia un solo objetivo; la reconstrucción de la Patria, el alzamiento de la derruída casa paterna. Pero no se ha exigido ninguna abjuración, no se ha averiguado el color ni la procedencia de los obreros sino sus aptitudes y su honradez. En el Banquete que se le dió

á usted en el "Club de la Unión" de Guayaquil, dijo usted, si mal no recuerdo: "No vayáis á creer que por ir yo investido de alto cargo por el Gobierno de Colombia el General Reyes haya dejado de ser conservador, ni yo haya dejado de ser liberal....."

*
* *

Hubiera usted dicho en puro castellano, aunque no fuera en inglés: Tengamos Paz! y en vez del decálogo burlesco que da como motivos, nos dijera: Tengamos paz! Defendamos áasperamente el estado de paz contra quien pretenda arrebatarnos ese supremo bien, no por que yo lo diga, sino porque tenemos un Gobierno que gobierna, que no hace política, que administra con honradez, que es enérgico y fuerte, que no persigue á nadie por sus ideas políticas ó religiosas, que encamina el país con mano firme por la vía del progreso, que es tolerante y sereno en sus decisiones, y bajo cuya égida tenemos la esperanza de gozar de libertad amplia y suficiente para el desarrollo de nuestras energías individuales é ideas colectivas; hubiera dicho eso, que es la verdad, sin traernos á cuento los Chancos ni Peralonso, ni decirnos que está encaramado sobre los partidos de Colombia, desde donde juzga á los vivos y á los muertos, y nuestra débil voz se uniera al coro de la muchedumbre que lo ve á usted "trepar sin tregua la montaña de las ideas para mirar de más alto cada día y para respirar un ambiente cada vez más puro."

No se hubiera usted elevado tanto, tanto; no se hubiera usted desmaterializado ó descastado tan absolutamente; ó consintiera en bajar de esa montaña,

cuyos otros dos picos están ya ocupados por Vargas Vila el divino y Pérez y Soto el radiante, y á donde no podemos subir los "de castas distintas que no por estar pastando en potreros diferentes, dejan de comer y rumiarse el mismo *carretón* pasional y banderizo;" hubiera usted consentido en humanarse para decirnos: Colombia necesita hoy la paz como la vida misma, como necesita el pez del agua y de alas el pájaro, pero esa paz que el Gobierno ofrece y que la voluntad popular fortifica no es la paz movidiza del silencio impuesto, es la paz de la actividad intelectual y del trabajo, es fruto del patriótico concierto del Gobierno y la opinión pública, de la solidaridad entre el cerebro y el músculo de la nación que quieren hacer patria amable y nación fuerte y respetada de nuestra rica Colombia. Tal cosa hubiera usted dicho aunque en lenguaje más elevado que el pobre mío, y el partido liberal, con todos los hombres de buena voluntad, habría acogido sus palabras como una expresión más del anhelo nacional.

Pero no ha sido así su manera de decir; usted, que parece hallarse en la elevada región de lo abstracto y de lo absoluto, no ha alcanzado á reparar en los microcosmos, en las excepciones, en los casos concretos, y su dogmático "siempre" arropa todo el espacio y todos los tiempos; por eso va en su absolutismo hasta condenar todas las revoluciones de todos los pueblos y de todas las épocas, y con más vigor la última de Colombia, para cuyos móviles han tenido frases vindicativas conservadores tan caracterizados como el Dr. Carlos Martínez Silva, el General Marceliano Vélez y Dn. Manuel Marroquín. El

mismo hecho elocuente de que el General Reyes desde que entró á San Carlos, no haya seguido la estrecha y partidaria política de sus predecesores, y sin abandonar sus ideas ni creencias personales, se haya elevado sobre las pasiones banderizas y establecido prácticamente un Gobierno activo y justo, vasto campo de acción para toda energía y toda inteligencia, de donde solamente está proscrito el odio y los fanatismos subversivos; ese mismo hecho revela que el General Reyes vió claro en nuestra alma nacional y ha sabido estudiar la índole de nuestras agrupaciones políticas, para comprender el alcance de las palabras de Núñez: "no se puede impunemente proscribir á todo un partido de ideas; del polvo que levantaron los Gracos al caer salió un Mario....."

Un año después de haberse sellado para siempre, según nuestro deseo, la paz en Colombia, cuando á la cólera y exaltación de los combates sucedía la calma reflexiva y dolorosa, y ante las frescas charcas de sangre, el luto de los hogares y la miseria pública, los vencedores y los vencidos hicimos un alto horrorizados, y silenciosamente pero de corazón, elevámos propósitos de enmienda y condenación de pasados errores y extravíos; en ese entonces publicaba usted un libro alónimo, cuya paternidad velada nadie ha puesto en duda, y en él se lee lo siguiente que me permito copiar:

"Condición indispensable para que el fallo sea acertado, es determinar si la guerra fue justa ó injusta. Si lo primero, es inícua la censura contra los que en ella tomaron parte, sólo por haber sido derrotados; si lo segundo es incalificable que *esos mismos censores se aprestaran á enrolarse en las filas revolucionarias*, cuando las creyeron victoriosas, para

poder hacerse partícipes y usufructuarios de una Revolución injusta pero vencedora. La justicia vencida no deja de ser justicia, y revela cobardía y falta de fe el volverle la espalda; mientras que en los altares de la injusticia triunfante no ofician sino los logrereros y los malvados.

Porque la Revolución salió vencida se va hasta llamarla con el estribillo oficial de "inicia rebelión". Si hubiera triunfado se la llamaría, como á la española del 68, la Gloriosa, ó como á la italiana del 59, el Resurgimiento. Sus autores serían héroes y salvadores de la Patria y se les tendría en el pináculo de la gloria, ahitos de lisonjas y apoteosis. Se les llama criminales porque sucumbieron. El mundo es así, á qué quejarse? Pero más altas que el *criterio tornado* del éxito están *las leyes invariables de la justicia* en cuya virtud *merece aprobación todo movimiento encaminado á remediar abusos diarios y clamorosos*, cuando signos ciertos anuncian en gran parte del pueblo la disposición á tomar parte en la insurrección, para asegurar las probabilidades de buen suceso.

Corresponde á la posteridad la ardua sentencia entre liberales y conservadores. (1) En cuanto al debate surgido en nuestro campo sobre el mismo punto, basta la opinión del Dr. Aquileo Parra, contenida en estas terminantes palabras de su carta al General Vargas Santos, fecha 26 de Febrero de 1900, en que asimila la guerra pasada á la de emancipación:

"Con el más vivo interés he estudiado la historia de nuestras guerras civiles, y de ese estudio he sacado la siguiente conclusión: que si bien algunas de ellas pueden quizás obtener la absolución de la historia, por haber sido relativamente justas, SÓLO LA DE 1810 Y LA PRESENTE PODRÁN, CON JUSTICIA, CALIFICARSE DE NECESARIAS."

"La conducta del General Uribe fue, á este respecto,—sigue hablando usted,—estricamente lógica. Partidario de la paz

(1) Hoy el mismo autor, convertido en posteridad da la sentencia ardua: los liberales faltos de razón, por negadex é ignorancia y carencia de argumentos, se lanzaron á la guerra!

hasta 1893, se convenció *sinceramente*, al sobrevenir el destierro del Dr. Pérez de que el *medio único de reivindicar nuestros derechos era la guerra* (1) Por eso concurrió á la de 95, tan imperfectamente preparada por sus promotores. Contra la opinión de sus copartidarios entró luego á la Cámara de 96, para ver de adquirir autoridad propia y *encabezar una corriente capaz de imponerse á los jefes é INDUCIRLOS Á LA GUERRA*. Salió en seguida á trabajar por ella en el Exterior.....

“Pero cuando se persuadió de que el Directorio carecía de voluntad ó de ánimo para satisfacer el anhelo del partido regresó al país en Julio de 98, pronunció el discurso de Barranquilla y abrió la campaña de *El Autonomista* para cambiar de Dirección á fin de ponerla en consonancia con los deseos de la Comunidad” (Documentos Militares y Políticos relativos á las campañas del Gral. Rafael Uribe Uribe.—Bogotá 1904.—Imprenta de Vapor.)

“Si hubiéramos sabido!”, repetimos hoy con usted amargamente, al recordar esta actitud suya, tan gráficamente descrita por usted mismo, y mantenida sin sospecha y con tezon durante once años!

¡Cómo imaginar entonces, los que oíamos y seguíamos á usted, que sus creencias fueran absolutamente otras, que su modo de pensar y de obrar estuviera en contradicción con íntimas ideas, que no era LIBRE para expresar? Cómo suponer jamás que sus opiniones en los medios de reivindicación, eran las mismas de los copartidarios á quienes tan

(1) “Quien apela á la fuerza es porque no tiene razón, pues prescinde de referirse á la razón, ó por ignorancia y negadéz que le impiden presentar mejores argumentos que su contrincante.... En cuanto he sido libre he vuelto á profesar esas creencias (el justo medio) y las he ampliado en mis viajes.... De suerte que el fondo de mis creencias sólo puede presentar novedad para los que no leen, ó si leen no recuerdan.—R. Uribe Uribe. *Las guerras civiles ante el criterio patriótico*. 1907.

rudamente atacaba? Cuándo haber sospechado que quien creía “sinceramente, lógicamente” que “el medio único de reivindicar nuestros derechos era la guerra” y sabía proceder en desarrollo de esta creencia, era el partidario sincero de que “con la dulzura, la pluma, la predicación y el ejemplo” se podía entonces combatir?

¡Cómo suponer en aquella memorable fecha, meses antes de la guerra, cuando el Gral. Camargo había llegado á revienta cinchas á Bogotá para efectuar una evolución salvadora que nos habría dado pacíficamente participación en el Poder; cuando al Dr. Sanclemente rehusaban darle posesión y reconocerlo los partidarios de Marroquín, y apedreaban las turbas conservadoras á Dn. Clímaco Lozada y á los Edecanes del Presidente constitucional; cómo suponer que el prestigioso jefe liberal General Uribe, que esa noche, desde los balcones del Jockey Club increpaba al pueblo de Bogotá “su cobardía” porque no se lanzaba inerte sobre los cuarteles, tuviera la firme convicción—que no era libre para expresar—de que “hay un justo medio transaccional” y que al “tiempo” deben en último caso diferirse las querellas?

Pero, hay más todavía. Cuando nos ha hablado anteriormente de paz; cuando por vez primera dijo con Grant: “Let us have peace!” nos presenta la paz como una suspensión de armas. En su *Manifiesto* de Nueva York á los liberales de Colombia, yo, QUE SÈ LEER, recuerdo haber leído:

“Las persecuciones de nuestros enemigos nos confirmarán en la justicia de nuestros proyectos de resistencia futura, de modo que *cuando llegue la hora* de ejecutarlos, no haya un sólo hombre en el partido que vacile en levantarse...

.....No consintamos en que sobre ESE DERECHO corra la prescripción del olvido. Si fuera yo de los que temen que suspendiendo ahora la lucha, nunca más se reanudaría, exitara para que continuara hasta la desesperación.....

Dejemos á los débiles lamentarse de los males de la guerra, y reservemos todo nuestro desdén para los que pueden vivir satisfechos de la abyección, y todo nuestro horror para la vergüenza indeleble de soportar sin protesta el pie de nuestros enemigos sobre nuestros cuellos.

Evitemos cuidadosamente la discriminación de responsabilidades anteriores á la guerra ó procedentes de ella. No construyamos frases con *sí*, como si se hubiera obrado de tal modo, "si Fulano hubiese ejecutado tal movimiento" que á fuerza de ser frágiles pasan á ser vulgares y no teniendo poder para reformar lo pasado, sí lo tienen, y grande, para producir disenciones en lo presente y para oscurecer el Porvenir." [Rafael Uribe Uribe.—New York, Abril 12 de 1901.]

"Puede replicarse que subsistiendo las mismas ó mayores causas de descontento, siempre podrá contar con defensores el partido liberal, y que tiene más *probabilidades de éxito una nueva guerra bien combinada* y con suficientes recursos que no la continuación de la actual"—[Rafael Uribe Uribe.—Razones justificativas del Manifiesto.—New York, Abril 20 de 1901].

Si hubiéramos sabido! dice usted hoy, después de seis años, y los liberales repetimos: Si hubiéramos sabido, que todos esos arranques de entusiasmo eran palabras, no más que palabras de oportunidad!

Como corroboración de lo anteriormente dicho por usted y ejemplo demostrativo de que las revoluciones no se hacen por sport, ni por capricho, ni por falta de argumentos y razones, y que la paz que reina en Colombia no es fruto clorótico de debilidad ó agotamiento, ó de que haya un carácter nuevo adinámico en los partidos, sino que existe y existirá porque

hay un Gobierno justo y tolerante que trabaja á ojos vistas por la redención colectiva. Como una demostración de que hay personajes, y aun grupos de individuos, cuya sola presencia en el Poder es un revulsivo y hace hervir de indignación la sangre de un partido y de una nación y los obliga á lanzarse á la lucha por más firmes que sean sus propósitos de paz y tranquilidad, voy á dar por realizado un criminal atentado que venturosamente para Colombia fracasó:

Es el 10 de Febrero de 1906. El día es claro y sereno; la tranquilidad y la paz flotan sobre el horizonte patrio, la tentativa criminal no ha sido sospechada; pero la fiera asecha y los cachorros afilan sus garras. El Presidente de Colombia y su señora hija van de paseo en su coche sin poder descubrir entre los respetuosos saludos del pueblo trabajador la irónica sonrisa con que se descubre el criminal que está en el complot, y sabe que el Mandatario no volverá de su paseo. Al llegar á Barrocolorado, tres bandidos, avezados á matar liberales en la última guerra, esbirros que van á ejecutar á manosalva la sentencia decretada por el fanatismo, detienen el coche y acribillan á balazos al Presidente de Colombia y á su hija.....

La noticia del asesinato del Presidente vuela como una centella sobre la ciudad consternada. Pero antes de que el pueblo salga de su estupor y de que las gentes se agrupen para inquirir noticias y hacer comentarios, ya los jefes y la cabeza conocida de la conspiración están en el Palacio de San Carlos, y el cañón retumba en la plaza de Bolívar. El Rey ha muerto, viva el Rey! El telégrafo oficial trasmite á todas las poblaciones de la República noticias men-

tirosas ó verídicas según el caso. Los asesinos son ovacionados como libertadores. Sobre los cadáveres del Mandatario y de su inocente hija pone su escabel el nuevo Gobierno. Los guardianes del orden en uniforme de gala y con bayoneta limpia disuelven los grupos para que la paz no sea turbada. Las campanas, que como los cañones, son la voz del que manda, son echadas á vuelo. El jefe de la conspiración con las tribus de la Sabana, Sopó y la Calera empuña las riendas del Poder Supremo. Una proclama en letras gordas es pegada en las esquinas y repartida ávidamente entre los curiosos: El jefe *Provisorio* del Gobierno asume el mando por voluntad de los ciudadanos; el tirano ha muerto, y se recomienda á los colombianos la tranquilidad y el orden, se amenaza á los rehacios, y se promete una era de felicidad para la Patria. Hay paz en toda la República y el nuevo Gobierno la garantiza.

¿Cuanto dura esa paz sepulcral? Minutos, horas, días? Hasta la idea del tiempo se ha perdido. Más, he aquí que alguien que ha empapado su pañuelo en la sangre del Presidente asesinado, lo agita como una bandera. ¿Quién es él? Un jefe que surge. ¿Es liberal, conservador ó nacionalista? No hay para qué saberlo; la juventud liberal lo rodea. ¿Qué no hay armas? Sobra coraje é indignación, y la bandera revolucionaria ha flotado. Que un jefe de batallón permanece fiel, pues á ese cuartel á convertirlo en fortaleza; que en el Cauca y la Costa, Santander y Tolima, Antioquia y Boyacá hay tropas no traidoras; emisarios á ellas para que se alcen contra la usurpación.

.....

La Revolución con todos sus horrores y su cortejo de infelicidades estalla y se hace general á pesar de que los idealistas y teóricos gritan como los gansos: *pax, pax!* Porque la juventud grita más fuerte con Lutero: “¿Paz? El brutal y estúpido letargo es pacífico y reina paz permanente en la sombría sepultura; pero nosotros esperamos, nosotros queremos la paz entre los vivos y no esa paz mucho más fatal que la paz de los muertos”.....Y la guerra pasea su guadaña segadora por todo el haz de la República. *Horresco referens!* (1)

(1) En el libro *Aniversario del 10 de Febrero de 1906*—Bogotá.—Imprenta Nacional,—1907—se lee el siguiente Artículo: «LO QUE HUBIERA SUCEDIDO. La noticia se extendió pronto en la ciudad. El Presidente ha muerto y su hija se encuentra gravemente herida. El atrio de La Catedral empieza á convertirse en un pandemonium; en las calles centrales de la capital hormigüea una inmensa multitud, ávida de los detalles del crimen....Antes de una hora aparece de allá, del lado de San Agustín, un batallón uniformado que se dirige al pie de la estatua de Bolívar, y allí proclama á un sargentón para Jefe de la República....el pueblo se espanta: cree volver al régimen del sable, del asesinato político.... ve los cadáveres sangrientos de centenares de colombianos sacrificados á la ambición de un sicofanta pequeño pero soberbio. Un traficante con su conciencia, manchada con un crimen nefando, se presenta en la plaza con la banda del Presidente Reyes....se dirige á San Carlos, y la ruina de la ley queda consumada. Un grupo numeroso de hombres serios va al telégrafo en precipitada marcha: quiere llamar por cable unc de esos patriotas que en Europa y Río de Janeiro han hecho la defensa de la Patria y enorgullecido el honor nacional. Es demasiado tarde. El día ha sido turbulento, espantoso: los principales ciudadanos se hallan en las prisiones. La juventud dispersa sus colegios para que en él se aherroje á todos los hombres honrados. El sargentón, hecho Presidente audaz, es un pequeño Rosas que va á empezar mañana la éra del cadalso, por la cual suspira. Antes de la luz del día siguiente se tienen noticias funestísimas: se sabe que de nuevo ha aparecido el terror azul en el Tolima; que apunta la maldad roja por el Cauca; que suena la palabra fascinadora de los caudillos de secta; la Costa ruge con ambiciosos vulgares; Bogotá hierve.....suenan voces

Una casualidad ó un milagro de menos; que alguno de los ocho disparos de Barrocolorado dieran en el Blanco y ahí me tiene usted que esta fantástica hipótesis sería un capítulo de verídica historia.

¿Y habría usted, en ese supuesto, vituperado á la juventud altiva que se lanzara á la guerra contra el audaz usurpador; y habría dicho que era por estupidez ó falta de argumentos que se empuñaba el fusil? No, no quiero creerlo, aunque usted mismo lo diga hoy, sé más bien que habría soldado su rota espada y habría ido á la lucha. La lealtad y el honor liberal así lo exigían, y entonces no desdeñaba usted pertenecer á ese partido.

Los que fuimos á los campamentos en la última guerra á sufrir y á horrorizarnos al ver la bestia humana en desnudez, tenemos mayor razón para abominar esa perturbación biológica en que el machete es la suprema ley; en que el pueblo laborioso, la carne de cañón, que no sabe de política ni de ambiciones, hace el papel del grano entre dos muelas; los que hemos salido del analfabetismo y tenemos mediana cultura, conscientemente aborrecemos las guerras, como todo estado en que prepondera la fuerza bruta; nuestra aversión es sincera, pero odiamos con más fuerza las causas ge-

de desesperación; la Patria agoniza.... la guerra se desencadena, y tras el hambre, la zozobra, el espanto y la ruina viene la anarquía. Colombia se disuelve y perece.

Hé ahí lo que hubiera sido el funesto 10 de Febrero de 1906 si la mano que rige los destinos de los pueblos no hubiera salvado la vida del General de la paz, del Jefe reconocido de la tranquilidad social, del hombre superior que nos gobierna bajo la impulsión poderosa del bien y fijos los ojos en la fraternidad entre los colombianos, en las escuelas y en los ferrocarriles.—RAMÓN CORREA.*

neradoras de las Revoluciones, y tenemos por consecuencia lógica el sagrado deber de denunciarlas como el verdadero peligro si es que amamos la paz con vehemencia y no con platonismo plañidero, si es que la queremos alegre como una sonrisa, no aburridora como un bostezo. Los sabios y pensadores modernos trabajan de preferencia en descubrir y matar las causas y gérmenes patológicos que pueden destruir los más sanos organismos. Las medidas preventivas sanitarias, la profilaxia y la higiene (justicia y libertad para los pueblos) son métodos de la ciencia moderna más eficaces que todas las sangrías, unguentos y menjurjes de los viejos empíricos.

Estirpemos las causas de las guerras, que el monstruo se ahuyente para siempre de nuestro suelo. Casi todas las revoluciones que en Colombia han hecho los partidos son fruto de una opresión política ó económica; no demos jamás el menor asidero para que puedan tener ese descargo

“La Revolución francesa—dice Carlyle—fue la resultante de todos los delitos perpetrados á la sombra de la hipocrecía, de la injusticia y de la falsedad. Llegó por fin el día en que la conciencia pública no pudo resistir más tiempo aquel peso abrumador! La nonentidad, el hambre y universal penuria patentizaron á los ojos de todos la falsedad monstruosa de aquella corrompida sociedad”.

Tarea meritoria de los verdaderos amigos de un Gobernante y de un Jefe, de los que miran hacia adelante y no se comen el pan en yerba, de los que lealmente trabajan sobre el andamio, en la benéfica y hermosa obra del arquitecto, no es rodearlo de una nube de incienso que lo ofusque, ni ensordecerlo con fan-

farría de aplausos por todo y para todo; es antes bien soplar esa nube perniciosa para que vea serenamente el peligro y lo evite, y acallar el ruido de los instrumentos de viento para que la voz grave de la crítica, natural en la imperfectibilidad humana, pueda hacerle ver el escollo oculto bajo la tranquilidad del mar y en donde pudiera hacerse pedazos la nave.

“Todos los grandes movimientos populares han tenido y tienen siempre su fuente en ellos mismos; es pues vano querer oponerles un dique. Es preciso, según lo hemos demostrado, prevenir el mal y no pensar en combatirlo cuando es demasiado tarde” (1)

*
**

Hay en Colombia un núcleo de fracción conservadora, astuto y potente, que se agranda ó achica como los ojos de los felinos, cuya astucia tiene. Cuartel general de todos los fanáticos, descorazonados, y gimnasio de conspiradores teóricos y prácticos. “Los liberales conspiran y no saben conspirar, nosotros sí,” decía el doctor Carlos Martínez Silva en plena Cámara. Desde los albores del extinguido régimen viene siendo ese grupo el asuzador é instigador de toda oposición y de todo levantamiento armado, y cuando han subido al Poder algunas de sus más genuinas personalidades ha sido para tiranizar á su tiempo y ser luégo á la vez combatidas por los mismos que las sostenían. Conociendo la índole sugestionable del partido liberal lo ha hecho su peon de batalla y en 1895 y en 1899, lo ha precipitado á la revuelta.

(1) Drs. Carbanés y Nass. *La Neurose revolutionnaire*—Société Francaise d' imprimerie et de Librerie. 1906. París.

Usted mismo, General, demostró que instigados furiosamente por ese grupo que hacía violenta oposición y predicaba la guerra como única salvación, nos fuimos á los campamentos en dos ocasiones, confiando siquiera en la neutralidad de esos opositores; y á los primeros disparos los tuvimos al frente para ser nuestros más crueles adversarios.

Con mitra de pontífices y toga de republicanos predicán rabiosos contra "los tiranos" que ellos mismos han encumbrado, y si el partido liberal, prudente y desconfiado no les hace coro, que oiga sus diatribas: "los liberales han renegado de sus principios" "se arrastran á los pies del déspota" "pero la hora se acerca y entonces será el llanto y el crugir de dientes". & &.

Todo esto con un objetivo, con una esperanza: que los liberales se lancen para ellos entrar decorosamente á rodear al "déspota" y defender las instituciones, las sagradas instituciones. La historia es reciente, pero desgraciadamente hay algunos cándidos que sí creen en los pujos revolucionarios de estos declamadores, que gritan, que alarman, que profetizan, pero que no van á los montes á empuñar el rifle; y que son temibles únicamente en los cuartelazos traicioneros ó en los golpes de mano.

Tienen su liturgia especial y se entienden y conocen aun en la mayor confusión por signos jusuíticos. Su anhelo es el Poder absoluto para exterminar y abominan el liberalismo; no embargante que lo aplauden y acarician cuando lo ven que abandona las vías de transacción y frunce el ceño, precursor de tormentas.

En la prolongada dominación conservadora en

Colombia ese núcleo, bautizado con nombres diversos ha ejercido una influencia decisiva por la candoridad, triste es decirlo, del partido liberal; porque hay que confesar una verdad dolorosa: este partido, que desde la muerte de Murillo no ha tenido un Jefe prestigioso y hábil que pudiera dirigirlo, ha sido, por su falta de cohesión, víctima de sugestiones extrañas, y su suerte ha dependido en ocasiones de neurotismos impulsivos como el que le hizo precipitar la guerra en Santander, porque había un Pacto en que los conservadores se obligaban á ser neutrales, y González Valencia no sabía donde estuviera su campamento.....(1)

(1) Acuerdo número 3^o—La Junta de Delegados del Partido Conservador.—Considerando:

1^o Que en la actualidad no existe vínculo político ninguno entre el Gobierno, que es nacionalista, y el Partido Conservador; y que, por el contrario, los miembros de esta Comunidad son sistemáticamente alejados de la cosa pública, con el visible objeto de privar á su Partido de toda influencia en la política y en la administración.

7^o Que la Junta no cree justo, patriótico ni decoroso el que el Partido Conservador se haga responsable de los actos del círculo nacionalista contra los intereses patrios;

Acuerda: 1^o Declarar que el Gobierno actual, por su política y tendencias, no corresponde á los ideales, prácticas y aspiraciones del Partido Conservador, y que, en consecuencia, los conservadores no están en la obligación moral de apoyarlo y compartir con él la responsabilidad de sus actos;

2^o Autorizar á la Dirección del Partido para que, si las circunstancias actuales y la política oficial cambian sustancialmente, obre en el sentido que considere más conveniente para el país y que esté de acuerdo con las tradiciones del Partido Conservador; y

3^o Declarar que, si llegare el caso de romperse el régimen constitucional, es deber de los conservadores esforzarse por todos los medios á su alcance en restablecerlo, sin aguardar órdenes ni instruccio-



Revolucionarios en la prensa, revolucionarios en las Cámaras, revolucionarios en los conciliábulos, conspiradores natos, pero defensores del orden y del Gobierno cuando estallan las revoluciones. Fácil tarea sería para el historiador que investigara la etiología de nuestras revueltas demostrar que, dejando á un lado las causas justificativas de las últimas guerras civiles de Colombia, ese grupo, cuyos adeptos se riegan desde los campos de la más violenta oposición hasta las antecámaras de Palacio, ha sido el más constante sugestionador de las *revoluciones que ha hecho el liberalismo*; que se ha vuelto entonces *insurgente instigado por los constantes rebeldes*.

El aguijón de despotismos intransigentes, y el acicate de la oposición conservadora que muestra los puños y aún las bayonetas al Gobierno, y ha sido hábil hasta para hacer turbar el criterio y el sentido moral del pueblo, han impelido al partido liberal en ocasiones á abandonar sus labores de paz y lanzarse con locura á las vías de hecho, para caer acribillado en el campo. Quítese uno de estos motivos y se borrarían de nuestra historia dos páginas sangrientas. No hubiera oído el liberalismo la voz de esas cirenas de la oposición y los del 31 de Julio y el 10 de Febrero cargarían ellos no más la ponderosa responsabilidad de los males que se juzgan como fruto exclusivo de las contiendas civiles.

“La paz es nuestra bandera—repíete el liberalis-

nes de nadie, y uniendo de hecho sus esfuerzos con los de los demás republicanos que tengan igual aspiración.

Bogotá, Agosto 17 de 1899.

(Entre los firmantes de este acuerdo está don Juan B. Pérez y Soto, Delegado por el Magdalena.)

mo—porque de la paz surge todo lo bueno, como de la guerra todo lo malo, pero el más benévolo de los hombres se defiende cuando es atacado”, (1) y se decide á la resistencia armada cuando encuentra instigadores que le ofrecen su apoyo.

En la hora actual, cuando resurge la vida nacional y principia á florecer la esperanza en futuras grandezas, y las locomotoras soplan victoriosas sobre rieles nuevos, y es labor de lo alto poner “muchísima luz en los entendimientos y mucha concordia en los corazones”, cuando se ve una dilatación nacional en los horizontes políticos, esa fracción que no ha tenido ideales para ser partido, ni estatutos para ser sociedad secreta, se revuelve indignada contra la estabilidad del orden existente, y contra la paz que con el hacha progresista tala el monte de las intransigencias para regar el grano que dará cosecha de bienestar y progreso. Pide libertades, y cuando ha estado en el Poder las ha estrangulado todas, clama contra la tiranía de la paz y el trabajo y acaricia los instintos de sombríos tiranos que han combatido todos los derechos, hasta el de la vida y la propiedad. (2)

(1) R. Núñez—1881—

(2) A los que alegaren que el Dr. Diego Mendoza, liberal, está hoy en la Oposición, no habría más que recordarles que el insigne liberal Dr. Juan Manuel Rudas decía que Diego Mendoza era *conservador*. Como el Dr. Mendoza lo supiera, tuvo lugar, según lo refirió persona seria, el siguiente diálogo:

M.—¿Por qué dice usted que yo no soy liberal?

R.—Porque no lo demuestra.

M.—Es que yo soy equilibrado.

R.—Toda medianía es equilibrada.

Se non é vero é ben trovato.

Esa es hoy la oposición, sin una doctrina, sin programa, sin más aspiración que derribar lo que está arriba ¿por qué? Porque no puede, como antes, convertir el bastón del Magistrado en machete que acuchille leyes y cabezas liberales.

Diógenes Arrieta, el gran tribuno, caracterizó en elocuente discurso esa Oposición, y también la serena y justa que hacen los partidos constituídos:

“Hay dos clases de *oposiciones*: unas desautorizadas por el fin que se proponen alcanzar, por los medios que emplean y por los hombres que las constituyen: adoptan medios ruines ó violentos, persiguen intereses personales, y las constituyen hombres que viajan de unos á otros bandos constante y fácilmente, servidores de sus propias ambiciones, en busca de maquinaciones indebidas y de medros para sí. Esos hombres toman las convicciones, la fidelidad política, los compromisos sagrados y la fe de sus amigos, y los colocan á un lado del escenario mientras van y vuelven, ó los llevan consigo *para hacer su reclamo* el día de la distribución de gracias.

Pero hoy otras oposiciones que buscan fines y adoptan medios y tienen hombres de todo punto diferentes. Son enemigas del abuso y lo censuran; aman el derecho y quieren su imperio; respetan la ley y trabajan porque sea respetada; piden al gobernante honradez y virtudes públicas, y dan ellas, al propio tiempo, ejemplos de virtudes públicas y de honradez. Tales oposiciones son fuerzas útiles y hasta necesarias para la buena marcha del Gobierno, y aun para el equilibrio político y moral de la sociedad”

Si aquella oposición que hoy se hace sordamente al Gobierno de Colombia tiene fuerza, ó es débil,

si está constituída por jefes sin soldados ó viceversa, si se ensancha ó aminora, no es posible saberlo, por que su existencia se malicia apenas como la del torrente lejano, por el ruido que hace; es impalpable como agrupación, se revela únicamente en el Exterior por sus diatribas impresas que entran subrepticamente á Colombia y van de mano en mano de los afiliados á los neófitos y de éstos á los demás curiosos, para quienes el fruto vedado tiene cierto atractivo y juzgan como verdades incontrovertibles las mentiras que corren clandestinamente. En media docena de libros y folletos, más fáciles de refutar que de prohibir, y en cartas vergonzantes que se muestran ocultando la firma, desahoga sus instintos destructores, ingertos de demagogia y teocracia.

Es, pues, necesidad de la paz estable, y sería habilidad inteligente de un Gobierno que se encontrara ante situación semejante, el poner los medios legales y su influencia en juego, para hacer definir esa oposición amorfa, obligarla á caracterizarse, á mostrarse compacta en el palenque de la publicidad franca y libre, para así conocer sus hombres, apreciar su prestigio ó descrédito; para saber si son molinos de viento ó es el bosque de Birnam que avanza, hay que acercarse á esos adversarios y provocarlos á singular é igual combate, á pleno sol, en el campo de libre y garantizada discusión, sobre el suelo patrio.

Una ley de libertad racional de prensa, que elevara á la categoría de delito penable la mentira y que, como única restricción, estableciera que todo artículo llevara al pie la firma de escritor conocido, ó

inscrito previamente, (1) sería, en mi modesto concepto, el medio más eficaz para conocer esa oposición, evaluarla en sus fuerzas y razones, conocer su centro y ramificaciones y poder vencerla.

El Scha de Persia, cuando estableció el año último el sistema parlamentario en su reino, dió la libertad de prensa "para saber la verdad" según reza el Decreto. Por que los gobiernos fuertes deben tener siempre á la vista el manómetro [prensa de oposición] para determinar la resistencia máxima de la presión.

Usted General, y yo, y todos los colombianos de buena voluntad estamos de acuerdo en sostener la paz que ha fundado el Gobierno del General Reyes y que siempre ha anhelado el partido liberal, y en hacerla estable; pero diferimos en las razones fundamentales y en los medios de hacerla firme. Usted opina que la paz nos ha llovido del cielo por misericordia divina ó por que los colombianos nos hemos convencido con usted de la inutilidad de las revoluciones ó por que nada nos hemos suplido con acudir á ese procedimiento; nosotros, y hablo en plural porque son muchos los que esto dicen, creemos que la paz es un medio, no un fin, y sentó sus reales en Colombia el día que el General Reyes, innovando, principió á hacer práctico su programa: *menos política, más administración* y rompiendo la rutina convirtió en acción estas hermosas palabras: "No seré jefe de un partido, aspiro á ser el Jefe de la Nación, y gobernaré con ella y para ella"

(1) Tengo en preparación y publicaré luégo un proyecto de Ley de Prensa en desarrollo de esta idea.

Por eso no es aventurado afirmar que, mientras los cimientos de la reconstrucción no sean suficientemente sólidos para sostener el edificio que sobre ellos haya de levantarse, la paz, que es esa firme base, está vinculada á la existencia y el dominio del Gobernante; de manera que suprimido ó privado del Poder volveríamos al estado caótico de incertidumbre y desengaño, á la anarquía y á la guerra.

Usted cree que para predicar la paz, ya establecida por el Gobierno y los partidos, es meritorio y necesario abandonar "la ralea de políticos" de que usted fue por lo menos compañero, y romper con el Partido, que "coarta su libertad de pensamiento y de acción"; nosotros, por el contrario, que la paz y la felicidad de la patria, son, antes de que usted lo dijera, el camino y la aspiración del Partido liberal, que si alguna vez optó por la guerra fue por que tenía cadenas que romper y Bastillas que destruir, y hubo prestigiosos jefes como Rafael Uribe Uribe que lo guiaron á la guerra y al triunfo y á la derrota.

De ahí que el partido liberal, por un elevado sentimiento patriótico, consecuente con su aspiración doctrinaria, haya prestado la poderosa fuerza de su adhesión, su contingente real y efectivo para cegar el ceno de las intransigencias con los bloques de la conciliación y la concordia. Con el mismo valor y entusiasmo que estuvo en los campamentos labora hoy por la paz; no porque se halle exánime para la lucha, ni haya capitulado, ni tenga carácter de "sectario", sino porque existe un pacto tácito de mutuas concesiones entre el Poder y él. Y porque quie-

re tener el derecho, ya que la paz es obra de colaboración, de que al terminarse los cimientos, y probada su resistencia, cuando se vaya á dar forma al edificio: cuartel, convento, escuela ó capitolio, según los diversos planos, su opinión y sus ideas sean atendidas y avaluadas.

“Cuando la paz—decía un notable hombre público en 1881—haya entrado de firme en nuestras costumbres, cada agrupación volverá á su campo, y discutiremos acerca de los asuntos de segundo orden”.

Nuestras aspiraciones pudieran ser enmarcadas en las hermosas palabras del insigne Eloy Luis André: “La humanidad y la patria, que es la personalidad localizada en un pedazo de tierra y en una cadena de vicisitudes, que es el hombre mismo, con un vivir heredado y con la misión de perpetuarlo bajo una forma social específica, son los grandes, los únicos móviles de la acción política subconsciente: la fuerza y la cultura sus generadores; la tierra libre su campo; la justicia y la verdad su ideal.

.....

Hemos de resucitar lo que siendo digno de vivir ha sido asesinado, y hemos de echar tierra á la tradición momificada; engendrar una personalidad colectiva con el sello de la herencia, si, pero con sangre de juventud”.

Triunfantes unas veces los conservadores, ¿han obtenido que los liberales viniesen á ser de su dictamen. Vencedores nosotros otras veces ¿hemos logrado que todo el país fuese liberal?.....adueñados del mando supremo en alguna época los libre-pensadores ¿hicieron ateo á todo el pueblo colombiano? Enseñoreados después los clericales han hecho de cada uno de nosotros un fanático?

.....
 La única lección clara—pero aun no comprendida—es la de la utilidad, la importancia y la estupidez de la fuerza. (1)

Es tan perentoria y absoluta esta afirmación suya que dudoso me hallo para resolver si es usted ó la Historia universal y particular de cada Nación quienes están en lo cierto. Los aprendices de historia sabíamos que el mayor y más efectivo vehículo de propaganda es el Poder, con sus inmensos recursos docentes, es la fuerza con acierto aplicada y que modela las inteligencias débiles. Sabíamos que el cristianismo se hubiera retardado siglos en su propaganda universal si no hubiera subido al Poder con Constantino; que la endeble idea republicana, cuando junio Bruto le dio el Poder y la fuerza, y bajo los Cónsules, llegó á adquirir la preponderancia de dogma religioso, pues bastaba para condenar á un ambicioso el que se le acusara de querer hacerse Rey. Augusto mismo no tomó ese título sino el de *Imperator*; que la Reforma, de donde arranca la

(1) Otro periódico copia al hacer la reproducción: «La única noción clara; pero aun no aprendida—es la de la inutilidad, la impotencia y la estupidez de la fuerza» lo cual es un disparate mayúsculo, pero que completa y corona los extraños conceptos del General Uribe.

libertad moderna, se hubiera quedado reducida á las predicaciones de Lutero y de Knox, sino se hubiera sentado en el trono de Inglaterra; que los monarquistas, que eran absoluta mayoría bajo Luis XIV ó con Napoleon están hoy completamente ahogados por la mayoría republicana en Francia, en tanto que son minoría en Inglaterra ó Alemania; que la idea de la abolición de la esclavitud fue universal desde que los Gobiernos la aceptaron; que la preponderancia de las tendencias republicanas ha reducido, según Spencer, el derecho divino de los reyes al estado de superstición; que en Sur-américa, en donde hace un siglo los republicanos eran en número mas reducido que hoy los socialistas, son hoy cincuenta millones; en fin, sabíamos que los partidos, las colectividades, las asociaciones luchan por conseguir el Poder y la fuerza, como el medio mas eficazmente universal de propagar y hacer aceptar sus ideas, de inculcar una doctrina en las multitudes, y de crear costumbres nuevas.

Eso sabíamos, pero usted, General, que ha aprendido mucho en su carrera diplomática, viene ahora á enseñarnos que la vía mas eficaz para hacer triunfar las ideas, no es la lucha sino el farnientismo, es dejarse devorar por las fieras en el circo, y que es inútil, cuando no perjudicial para una idea, el que sea predicada desde un solio! Bien hace, por supuesto, en advertirnos que esta lección clara para usted aún no está aprendida. ¡Qué va á estarlo!

¿Los conservadores triunfantes no han obtenido que los liberales viniesen á ser de su dictámen? Victoriosos los liberales no han logrado liberalizar el país? Lo invito, General, á que echemos una ojeada

imparcial por las crónicas últimas de Colombia y las repúblicas latinas, sus hermanas en vicisitudes, en donde más tiempo el caudillaje ha prevalecido y los partidos han luchado con mayor encarnizamiento é intransigencias. ¿A qué ha quedado reducido el partido conservador en los países americanos, después de la victoria liberal? A unidades dispersas, sin más cohesión que el sentimiento religioso, y á personalidades notables, con ideas y creencias tan avanzadas que apenas se distinguen de un liberalismo moderado y de orden. ¿Cuáles son las ideas y programa del liberalismo colombiano después de un prolongado régimen conservador? Usted se afirma en que se ha estancado en el "intocable alcoran de Rionegro", pero no lo podría demostrar; los liberales colombianos, aun los que nos creemos refractarios, nos hemos conservatizado tanto que ya apenas se percibe la línea que nos separa de los conservadores liberalizados de fuera de Colombia. Tan evidente es esta evolución efectuada por la influencia dominante de las ideas en el Poder, que si por ensalmo se cambiaran los frenos y subieran los conservadores en las repúblicas en donde ha tiempo están caídos, los veríamos gobernar con la libertad absoluta de prensa, sin tocar el matrimonio civil, ni la responsabilidad constitucional del Gobernante; y en Colombia, si gobernara el liberalismo, no tendríamos en los primeros lustros, ni federación, ni libertad absoluta de prensa, ni matrimonio civil, ni muchas otras leyes que antes de 1886 formaban el acervo del programa. Los partidos conservadores, fuera de Colombia, bajo Gobiernos adversos, han avanzado tanto que han empujado hacia adelante á la re-

taguardia liberal; y en Colombia los grupos conservadores que avanzan se tropiezan con las partidas de liberales que retroceden en ideas.

Libre, por supuesto, de toda crítica y censura, es esta actitud de los partidos, que obedecen á una ley biológica: todo órgano que no funciona se atrofia, el músculo que está en continua actividad se desarrolla extraordinariamente.

No hallo manera mejor para decir lo que creo del liberalismo colombiano, al cual pertenezco y me glorío en serle fiel, y á quien usted abandona, no por la evolución que ha sufrido, sino como "vehículo" inútil para sus aspiraciones; que aplicar á él lo que dice el terrible católico León Bloy del cristianismo del siglo XVI:

"El cristianismo, que no había sabido ni vencer ni morir, fué entonces como todos los conquistados: Recibió la ley y pagó el impuesto. Para subsistir se hizo agradable, aceitoso y tibio. Silenciosamente se coló por el hueco de las cerraduras, se infiltró por las rendijas, logrando ser utilizado como esencia untuosa para dar jugo á las instituciones y convertirse así en un condimento subalterno, que todo cocinero político pudo emplear ó rehusar á capricho. Se vió el espectáculo, sorprendente y delicioso, de un cristianismo *convertido* á la idolatría pagana, esclavo respetuoso de los conculcadores del Pobre, y alegre acólito de los phalóforos." (1)

(1) León Bloy—*Pages choisies*.

Creo poder repetir con Mr. Bryand, candidato á la presidencia de los Estados Unidos, agregando á la autoridad universal del gran Jefe demócrata la mía local de *hombre de guerra* en Colombia: "A medida que envejezco siento crecer mi aversión hacia las matanzas de hombres, y he llegado á un punto que me hace negar que jamás el Creador haya querido que el progreso de la raza humana dependa de periódicos derramamientos de sangre. Decidme si podeis las ventajas de la guerra medidas por las victorias de la paz". En igual sentido se expresó Mr. Roosevelt en uno de sus recientes discursos: "la más indigna de todas las emociones que debe sentir *un ciudadano americano* es la del odio á sus semejantes. (1) Que se llene de indignación justa, pero que se abstenga de pedir mera venganza y sobre todo de incitar á las masas del pueblo á que la pidan (2) porque eso es tan anticristiano como anti-americano, y quien lo hace falta á los más altos deberes, principios y privilegios de la ciudadanía americana".

Uno de nuestros defectos, de caracter simio, ha sido el querer imitar lo más cercano ó que mas fácilmente se nos pone delante. Antonio José Restrepo con su clarísima inteligencia y verbo elocuente ya lo anotó al hablar de nuestros afrancesados retozos democráticos, traducción libre de la divisa: *liberté, égalité, fraternité*; y los tratadistas de Derecho Público al estudiar nuestra Constitución de 1863, la apre-

(1) Sabido es que los únicos semejantes de los americanos son los mismos americanos.

(2) Esto es contra los archi-civilizados linchadores, pero pudiera aplicarse á quienes, como el General Uribe Uribe, han incitado á las masas á la revuelta.

cían como una imitación de las instituciones yanquis. Estas imitaciones, ó mejor, transplantaciones de árboles robustos, han dado en nuestro suelo frutos raros, é inesperados ingertos, acedos y mortíferos.

Esta tendencia, después de la desmembración de Colombia, ha tomado caracteres de manía; ya no se dice en castellano *Tengamos paz!* para darle mayor fuerza á la idea hay que decir en yanqui: *Let us have peace!* y si no se cita á Roosevelt, Root, Briand, ú otro que hable en gringo, no habrá modo de hacerse oír. Los yanquis nos han cortado el ombligo y vivimos mamándonos el dedo ante su poderío, pues hasta los creemos maestros, no en boxeo que eso sería natural, sino en retórica y buen decir. Los queremos imitar en todo, pero como no podemos hacerlo en su grandeza y en lo que se ha dado en llamar su sentido práctico, los imitamos en sus pequeñeces, en sus gestos, y hasta en su oratoria; porque se les ocurrió decirnos inteligentes y ricos, nos ponemos ante ellos á bailar un *cake walk* y á hacer gracias y arrumacos.

Por eso no me ha sorprendido el que usted hubiera salpimentado su carta con las opiniones de Mr. Roosevelt y Mr. Briand, expresadas en yanqui, ante un público yanqui, y para el pueblo de Lynch; y que por cualquier aspecto que se tomen no valen para nosotros un comino: si la paz que proclaman los jefes del imperialismo moderno es la internacional, habría tenido más valor su declamación antes de buscarle camorra á España, engullirse Filipinas y Puerto Rico y conquistar Panamá; si es la paz interna la que predicán—turbada en su territorio por los retozos de los linchadores y la mano negra,—

allá ellos con sus teorías, que por más universales que parezcan, para nosotros es darle un peine á un calvo. Dénnos sus prácticas republicanas y sus amplias libertades, esperen á que en nuestros países haya una generación de emigrantes europeos, que refine nuestros instintos y morigere nuestros atavismos, y entonces que nos enseñen su manera de resolver y organizar los asuntos públicos; lo contrario es como dar lecciones de álgebra á muchachos de escuela que principian á deletrear. Si Mr. Briand, en su viaje de propaganda electoral, cuando echa uno de esos discursos violentos que sabe decir contra la política del Gobernante, recibiera orden verbal ó escrita de un Prefecto, para ponerlo á la sombra como subversivo; y cuando la multitud lo aclama como candidato de oposición, fuera disuelta á culatazos en nombre del orden público, ó fueran suspendidos por orden ministerial los periódicos que lo sostienen, entonces sí que lo oiríamos con gusto, y cuando hablara de paz recogeríamos sus palabras en urna de oro para recordarlas. Pero eso no puede suceder en esa raza, tan absolutamente distinta á la nuestra.

No puedo dejar, ya que en estas patogenias me he enfrascado, de copiar lo que dice el sabio Dr. José Francisco López en su obra *Política del Pasado, del Presente y del Porvenir*, al tratar de nuestra idiosincrasia suramericana:

“Cada raza tiene su tipo social y político en la base química de su sangre y conformación frenológica, que trasmite con su espíritu y sus calidades predominantes por el predominio del mayor número de cruas de un elemento sobre otro, operando en esa pro-

porción la escala ascendente ó decadente del mejoramiento ó deterioro de las especies, como en la cruce del reino animal é ingertos del reino vegetal. Esta es la ley de selección ó inferioridad de las especies que la ciencia ha estudiado para el mejoramiento de las plantas y los animales, y que rige también el destino de los hombres, de las familias y de los Estados. El mejoramiento de las razas se produce por su cruce, no de *absorción*, sino de *proporción* vigorizante, cuya selección palpitante de energía abarcando nuevos horizontes políticos y económicos, no puede ser indiferente, porque allí se fijan irrevocablemente los destinos de un continente como lo han sido en el nuestro.

La anarquía crónica de la América del Sur, es la anarquía de la sangre mezclada con razas opuestas en su espíritu y en sus instintos. Ambas bullen dentro de la misma sangre en sordo antagonismo y contradicción, que se traduce en todos nuestros fenómenos políticos y sociales, marcados por una eterna contradicción de las cosas, al revés de todas las reglas y cálculos de la previsión. Son dos sujetos antagonistas dentro del mismo cuerpo, tirando el uno para adelante y el otro para atrás. Todo nuestro progreso se resiente de las oscilaciones de esta lucha sorda que trabó su vuelo, y cada vez que este se realizaba era luégo arrastrado un paso atrás por las reacciones del elemento contrario, hasta que el elemento progresista volvió á reanudar su marcha. Lo mismo sucede en el progreso de las instituciones, adelantadas en teoría y esterilizadas en la práctica por el espíritu contrario que las resiste sordamente. Y el mal de ese elemento no consistía en no ser inteligente, sino en ser *demasiado inteligente*, y en su espíritu

malo é indolente de vivir, *no del trabajo, sino de vivezas, golpes de mano, astucias, artificios, revueltas y revoluciones*'.

Las ideas de paz y de rebelión no existen aisladas en un solo individuo ni en una agrupación. Los casos excepcionales, particularísimos, de individuos absolutamente pacíficos, ó constantemente belicosos, caen bajo el dominio de la clínica; pero así como no se conoce una colectividad de bobos, ni de locos; tampoco puede suponerse una nación ó un partido absolutamente pacífico ó belicoso.

La idea de paz, naturalmente predomina en el individuo y en la colectividad cuando no hay fuerza extraña que lo oprima ó coarte el libre y natural ejercicio de su actividad orgánica; la idea de rebelión surge, como un instinto, cuando se siente en peligro la libertad ó la vida. El miedo, motor importante en la psicología individual ó general, cuando es poco aviva y hace florecer la idea de la paz, pero cuando se convierte en terror produce las más violentas rebeliones. Como lo demuestran los Dres. Cabanes y Nass, el miedo ha sido el generador de las crueldades del despotismo y de las más violentas reacciones.

La reflexión hace prevalecer ora la idea de paz, ora la de revuelta, según las influencias externas y las condiciones del medio en que se desarrollan. La esperanza aquieta los ánimos y los dispone á la paz; el desengaño y la burla provocan la resistencia y la protesta. El pan y la alegría (*panem et circenses*) vuelven pacíficas las multitudes; el hambre y la tristeza hacen conspiradores.

El tipo pacífico perfecto, no ha podido ser halla-

do ni por la Historia ni por la mitología: Jesús, el amado, y combatido, que llevó su mansedumbre hasta dejarse escupir y crucificar, tuvo dos momentos de indignación y de cólera, en presencia del Tentador y ante los traficantes del templo. Job también perdió la paciencia.

Ha sido necesario fabricar un infierno para forjar el tipo del rebelde absoluto, que por otra parte es más fácil de concebirse, dentro de las humanas facultades.

Las propagandas de paz no han impedido que mueran por causa de las guerras setenta millones de hombres en un siglo.

Inglaterra y Norte-América, porta estandartes del desarme y de la Paz: aumentan cada año su presupuesto para construir nuevos acorazados; y mantienen lo mismo que Francia, España y otras naciones, su tranquilidad interna porque han puesto el poder al alcance pacífico de todas las colectividades y partidos que en lucha legal puedan disputárselo.

En Rusia el Gobierno predica la Paz, pero no la hace, conforme la pide el pueblo, no la da en la forma de libertades é igualdad, y de ahí el estado de revolución.

En las repúblicas latino-americanas, que han conseguido, después de periodos más ó menos largos de revueltas y anarquía la estabilidad del progreso y la libertad, las luchas políticas tienen un vasto campo de acción, sin necesidad de recurrir á los medios violentos, y la paz prevalece como una costumbre.

Son infructuosas todas las predicaciones sobre la paz, si el ejemplo no lo dan de arriba, los que gobier-

nan. La paz se hace y se da al pueblo, como ha hecho ahora Colombia. Y debe ser un acto de granito cuya clave sea el Gobierno.

*
*
*

En mi situación de ánimo actual tenía que resolverme á hacer una de cinco cosas: ó seguir sirviéndole únicamente al liberalismo, como hasta ahora; ó volverme conservador; ó fundar un nuevo partido ó servirle sólo á la Patria; ó retirarme á la vida privada. No queriendo hacer lo primero ni lo último, y mucho menos lo segundo, y no considerando factible organizar un partido nuevo, mi camino es dedicarme á la Nación entera.

Traduciendo á cristiano estas cuatro cosas, y la otra que es el camino elegido, con todos los párrafos en que usted intenta justificarlo, queda reducido todo á esta sencilla y perentoria afirmación: *Para servir á la Patria es preciso no ser liberal, ya quiero servir á la Nación, luego tengo que dejar de serlo.*

Con una sola pregunta se destruyera todo el andamiaje en que estriba su argumentación: ¿Cuándo usted luchaba en la prensa ó en los campos de batalla lo hacía por su YO, por su partido ó por la felicidad de la Patria?

Doy por negada la primera suposición; pero ¿era por su partido únicamente que usted peleaba? Si la respuesta es afirmativa, como parece serlo, habré de decirle, General, con la debida cortesía, que usted era el único entre todos los liberales que luchara únicamente por el partido; no sé de otros; y en este caso sí procede lealmente, al querer servir á la Patria, desligándose de una colectividad á quien supone, generalizando su criterio personal, animada de móviles

tan restringidos. Pero es el caso que usted mismo se refuta á renglón seguido, cuando dice al hablar de sus compañeros: *Lo que conmigo buscaban era Patria libre.* Y como los millares de liberales que no estuvieron á su lado y murieron ó viven, también buscaban Patria libre, aunque usted lo calle, y los conservadores y nacionalistas que nos combatían también defendían la idea que tienen de Patria; los motivos de su conversión actual se empequeñecen hasta convertirse en meros pretextos para desahogar su inquina contra los liberales y separarse de esa comunidad.

Si usted iba con sus compañeros á arrancar con el triunfo el derecho de hacer Patria libre para todos; si juzga que de entonces á hoy el partido no ha variado ni sus compañeros tampoco ¿por qué se aparta de ellos? ¿Por servir á la Nación? Y, antes, cuando usted era liberal, ¿á quién servía? ¿al partido únicamente? Pues volvemos á lo primero: solamente usted llevaba esa meta; y hoy para servir á la Patria no habría tenido que salir fuera sino antes bien entrar más en el alma del partido y comulgar en sus nobles aspiraciones.

No uno sino varios sociólogos opinan y demuestran que no hay partido, colectividad ó agrupación que lleve por ideal el desorden; hasta los anarquistas aspiran á establecer un orden preconcebido. No cabe en suposición racional, un partido que luche y persiga al triunfar la idea de hacer patria desgraciada. Toda colectividad consciente aspira al Poder y pelea por conseguirlo, porque cree hacer la dicha de la Nación con la implantación de un régimen nuevo; y el partido que brega por sostenerse en el mando es porque juzga el cambio perjudicial al país. No hay

más que puntos de vista diversos y variación en el color de los cristales. Los emigrados franceses que volvían armas contra su Nación "y que creían obedecer á la ley del honor combatiéndola, desde cierto punto de vista eran patriotas, porque la ley feudal ligaba el vasallo al señor y no á la tierra y creían que allí donde estuviera el soberano estaba la verdadera patria". (1)

El Partido liberal de Colombia ha dado notorias y eficaces pruebas, no una sino varias ocasiones, de que sabe amar y servir á la Patria. ¿Qué demostración más elocuente que el haber terminado por propia voluntad y cuando mayores elementos tuvo, la última guerra, aceptando más bien la dura condición de vencido á la esperanza de ser vencedor comprometiéndose la integridad del territorio? ¿Qué mayor testimonio en favor de su patriotismo que el haber seguido siendo el baluarte más firme y levantado de la paz?

Además, si puede ser en veces disculpable el que un partido apele á las armas para reivindicar sus derechos, siempre es digna de aplausos su conducta cuando prefirere sostener el orden establecido, aunque no interprete perfectamente sus avanzadas aspiraciones, á desencadenar sobre la República la guerra civil; y en este caso con mayor facilidad se confiesa y declara que dicho partido ama la Patria y trabaja por su engrandecimiento. Y si esta es la actitud presente del partido liberal, actitud que le ha valido las acres censuras de los agitadores ¿por qué abandona usted las filas? A qué decirnos que se "desbanderiza

(1) Gustav Le Bon.

y se sobrepone"? ¿Qué nuevas y robustas creencias han sido esas que le han hecho "sentirse estrecho en las filas" de esa comunidad que ha ilustrado la historia de Colombia con la inteligencia, el valor y la virtud de sus hombres y en cuyas filas no se sienten estrechos Vargas Santos, Foción Soto, Manotas, Herrera, A. J. Restrepo, Ruiz, Neira, los Manriques, los Camachos y los Curreas, Cano, Rocha Gutiérrez, Esguerra, Pérez Triana, los Bordas, los Escobares, y los Caballeros, Valenzuela, Mc. Allister, Marín, Ulloa, Herran, Caicedo, Espinoza, Bustamante, de la Roche, Tirado Macías, Quijano, Grillo, Corral, Hermes García, Sanin Cano, Vengoechea, Soto Ortega, los Castillos, Durán, Hernández, Collazos, César Sánchez, los Rosales, Riveras y Uribes, los Rodríguez, Solanos, Latorres, Jaramillos, Barrigas y Buendías, Santos, E. Gálvez, los Puyanas, Diaz Granados, Pareja, Soto Borda, Julio Flórez, Alfredo Borda, Carreño, Galofre, Saenz, Gneco Coronado, Lugo, Vanegas, los Pérez, los Samper y cien y cien más cuyo patriotismo y elevación de miras no es dudoso?

Dejar de ser liberal *de los de Colombia*, siendo esta colectividad la más avanzada en ideas de las que existen en el país, es simplemente, como decía el paisano: salirse del mapa; y si el partido—á quien usted no ha invitado á ir á las ancas de su pegazo—no quiere seguirlo en su *movimiento ascensional*, porque, como dijo Sancho: "habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya si el caballo se cansa ó si el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya no habrá ni ínsula ni ínsulos que nos conozcan", parece broma, si no es hipérbole lusitana, que diga usted muy campante: "si en presencia de es-

te movimiento ascensional, los liberales no quieren seguirlo, son ellos los que dejan de acompañarme no yo quien los abandona."

Desilusiónese General, el partido liberal, que en Colombia como en donde quiera, tiende á avanzar y á progresar y que ha demostrado tener un maravilloso instinto de orientación, no lo sigue á usted, porque comprende que lo que usted ha deseado es abandonarlo, no adelantársele, quitarse la divisa que pudiera ser tacha para la realización de futuras combinaciones personales. Y en presencia de lo que llama usted *movimiento ascensional*, no se queda alelado ni sorprendido como los apóstoles en la *Ascensión* del Tintoreto, sino que lo ve con la sencilla curiosidad con que se mira un globo cautivo que sube y se sabe ya en que campo caerá. Y entre tanto, sigue laborando sinceramente por la paz, en la esperanza de su futura egemonía.

Yo también me hubiera *alzado de hombros, sonreído y desdeñado* sus nuevas ideas, según su consejo, así subiera usted á las nebulosas, sino encerraran un violento ataque al liberalismo y un reproche acerbo é innecesario contra ese noble partido, que á sus servidores no puede dar hoy otra cosa que cariño y gratitud, y en cuyo regazo aspiro á morir.

Hubiérase usted limitado á decirnos adios! y esta larga epístola hubiera quedado reducida á una frase correspondiente de despedida, que para mayor complacencia pongo en inglés: *Fare well!* Y la paz sea con todos.

De usted compatriota, antiguo coopartidario y amigo.

Juan Ignacio GALVEZ.